

Zeitschrift: Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: - (2014)
Heft: 24

Artikel: Octavio Paz o la conciencia política ante el acontecimiento histórico
Autor: Kunz, Marco
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-1047186>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 26.12.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Octavio Paz o la conciencia política ante el acontecimiento histórico*

Marco Kunz

Université de Lausanne

En el prólogo a *El ogro filantrópico* (1979), el libro que recoge sus ensayos políticos de los años 70, Octavio Paz señaló los dos polos igualmente nefastos entre los que suele oscilar la literatura "comprometida", es decir, la que toma partido por una causa determinada y se pone al servicio de las organizaciones o instituciones, estatales o no gubernamentales, que la defienden; estos polos son "el maniqueísmo del propagandista y el servilismo del funcionario"¹. Con su bien conocida reacción a la masacre de Tlatelolco del 2 de octubre de 1968, o sea, la renuncia a su cargo diplomático en la India, Paz optó por dejar de ser un funcionario de la República Mexicana cuyo gobierno tuvo la plena responsabilidad tanto de la matanza en la Plaza de las Tres Culturas como de su posterior encubrimiento mediante la censura y la persecución de los activistas contestatarios. Evitando así la complicidad inherente al servilismo, Paz se distanció al mismo tiempo del maniqueísmo que caracteriza tan a menudo la actitud de los intelectuales ante los acontecimientos históricos de que son testigos, y en las décadas siguientes demostraba su in-

© Boletín Hispánico Helvético, volumen 24 (otoño 2014): 129-143.

* Este artículo se redactó en el marco del proyecto de investigación La productivité culturelle (narrative) d'événements historiques: les répercussions culturelles de six événements au Mexique et en Espagne (1968-2004), del Fonds National Suisse (Proyecto FNS Núm. 100012_146097), que se está realizando en la Universidad de Lausana bajo la dirección del profesor Marco Kunz, con la colaboración de Rachel Bornet, Salvador Girbés y Michel Schultheiss. Una versión abreviada fue leída el 30 de octubre de 2014 en el Homenaje a Octavio Paz en el centenario de su natalicio, celebrado en la Universidad de Basilea.

¹ Paz, Octavio: *El ogro filantrópico*. Barcelona: Seix Barral, 1990, p. 8.

dependencia política y su espíritu crítico libre de anteojeras ideológicas al reflexionar, con gran lucidez intelectual y firmeza ética, sobre los sucesos que convulsionaron la historia de México, o mejor dicho, el presente que estaba viviendo el país. Me limitaré aquí a comentar brevemente algunos artículos que Octavio Paz escribió sobre los tres acontecimientos que, a mi modo de ver, tuvieron el impacto nacional más profundo y la mayor resonancia internacional, tres revueltas y revulsiones que, aunque no llegaron a invertir el orden y dejar el país patas arriba, sí lo hirieron y pusieron en el borde del abismo, pero también lo sacudieron despertándolo e iniciando o acelerando procesos de cambio irreversibles: me refiero a la brutal represión del movimiento estudiantil de 1968 y la sublevación zapatista de Chiapas en 1994 como hitos políticos, y, entre los dos, al terremoto que devastó la capital de México el 19 de septiembre de 1985.

Los tres sucesos irrumpieron en la vida mexicana de una manera imprevista conforme a la definición del acontecimiento según Slavoj Žižek: "something shocking, out of joint, that appears to happen all of a sudden and interrupts the usual flow of things"²; más aún, "a traumatic intrusion of something New which remains unacceptable for the predominant view"³. Se trata de hechos que a primera vista son muy diferentes: por un lado, las protestas de los estudiantes capitalinos que, por su formación universitaria, estaban destinados a ser la futura élite intelectual, por otro, las reivindicaciones de los indígenas que vivían —y en su gran mayoría siguen viviendo— en la periferia geográfica del país y al margen de la sociedad, y entre los dos una catástrofe natural de la que nadie tuvo la culpa. Sin embargo, los comentarios de Octavio Paz nos muestran lo que estos sucesos tienen en común pese a la diversidad de su naturaleza, sus protagonistas, sus causas y sus consecuencias. Reflexionando sobre la significación de estos acontecimientos, insertándolos en una genealogía de antecedentes y vislumbrando sus secuelas futuras, Paz no los piensa como hechos excepcionales, aislados y momentáneos, sino —en analogía con lo que Thorsten Schüller dijo sobre el 11-S— como síntomas altamente simbólicos de una coyuntura mucho más duradera de la crisis⁴.

² Žižek, Slavoj: *Event*. London: Penguin, 2014, p. 2.

³ *Ibid.*, p. 78.

⁴ "[...] das Ereignis drückt als Symptom eine länger angelegte Konjunktur der Krise aus": Thorsten Schüller: «Modern Talking — Die Konjunktur der Krise in anderen und neuen Modernen», en: Schüller, Thorsten/ Seiler, Sascha (eds.): *Von Zäsuren und Ereignissen. Historische Einschnitte und ihre mediale Verarbeitung*. Bielefeld: Transcript Verlag, 2010, pp. 13-27, cito p. 16.

Como intentaré mostrar, la aproximación a los acontecimientos que elabora Paz no es nunca narrativa —supone que los hechos se conocen ya suficientemente y que no es necesario resumirlos una vez más— ni investigativa —no pretende revelar conspiraciones ni dar a conocer datos nuevos—, sino analítica, hermenéutica y, en cierto sentido, terapéutica: describe las fuerzas e intereses que están en conflicto sin hacer abstracción de su dimensión histórica ni de sus implicaciones (inter)nacionales, se esfuerza por explicar el simbolismo inherente al suceso con la ayuda de su personal teoría de la cultura, y tiene en cuenta el aspecto traumático del acontecimiento tratando de comprender sus causas profundas y de proponer vías para salir del dilema.

1. TLATELOLCO 68

A los hechos de Tlatelolco, Paz dedicó su *Postdata* a *El laberinto de la soledad*, un ensayo escrito en 1969 que empieza con una comparación del movimiento estudiantil mexicano con las protestas anti-sistema del 68 en otros países. Paz constata que, mientras que en Europa occidental y Estados Unidos los manifestantes reivindicaban utopías revolucionarias, las peticiones de los mexicanos eran mucho más modestas, sensatas y realistas, y que "se resumían en una palabra que fue el eje del movimiento y el secreto de su instantáneo poder de seducción sobre la conciencia popular: *democratización*"⁵. Gracias a la segregación privilegiada en el recinto universitario, los estudiantes habían adquirido la distancia necesaria para desarrollar una visión crítica de la situación del país, de modo que lo que exigía el 68 mexicano no era, en el fondo, otra cosa que lo que Paz consideraba como las condiciones indispensables para que pudieran existir un estado y una sociedad modernos: "la democracia política y el pensamiento crítico, los dos elementos centrales que conforman lo que llamamos *modernidad*"⁶. No se trataba, como en otros países, de un movimiento revolucionario, sino sólo reformista, pues los pueblos que sufrieron en su historia una verdadera revolución, como Rusia y México, y que viven bajo un régimen postrevolucionario dictatorial, suelen quedar escar-

⁵ Paz, Octavio: *Postdata*, en: *El laberinto de la soledad*, ed. de Enrico Mario Santi. Madrid: Cátedra, 1997, pp. 363-415, cito p. 377. Dejo abierta aquí la pregunta si el movimiento estudiantil mexicano era realmente tal como lo describe Paz —sólo un detallado análisis histórico-ideológico podría acercarse a una respuesta— o si éste proyectó en él *a posteriori* sus propios ideales políticos, viéndolo como una especie de concreción colectiva de un deseo de cambio análogo al suyo.

⁶ *Ibid.*, p. 383.

mentados y no desean volver al caos y la masacre pandémicos, pero tampoco están dispuestos a soportar eternamente una situación "provisional" intolerable ni a creer que la libertad de expresión constituye un obstáculo para la modernización económica y tecnológica. Todo lo contrario:

No se puede sacrificar el pensamiento crítico en las alas del desarrollo económico acelerado, la idea revolucionaria, el prestigio y la infalibilidad de un jefe o cualquier otro espejismo análogo. Las experiencias de Rusia y México son concluyentes: sin democracia, el desarrollo económico carece de sentido [...]. Toda dictadura, sea de un hombre o de un partido, desemboca en las dos formas predilectas de la esquizofrenia: el monólogo y el mausoleo. México y Moscú están llenos de gente con mordaza y de monumentos a la Revolución.⁷

En el México de 1968, el régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI) quería celebrar los progresos que el país había hecho, lenta pero indudablemente, bajo su gobierno, y consideraba la obtención de los Juegos Olímpicos como "el reconocimiento internacional a su transformación en un país moderno o semimoderno"⁸, pero no había contado con los jóvenes aguafiestas cuya provocación desató la represión y reveló así al mundo entero lo que los festejos intentaban ocultar: "la realidad de un país conmovido y aterrado por la violencia gubernamental"⁹. Con su reacción desmesurada, el régimen del PRI dio la razón a los críticos que quería hacer callar y confirmó el escepticismo ante los logros de que la Olimpiada debía convencer a la comunidad mundial:

Así, en el momento en que el gobierno obtenía el reconocimiento internacional de cuarenta años de estabilidad política y de progreso económico, una mancha de sangre disipaba el optimismo oficial y provocaba en los espíritus una duda sobre el sentido de ese progreso.¹⁰

Planeado para celebrar la consolidación y el apogeo de un sistema político con la Olimpiada, el 68 mexicano tuvo un efecto totalmente contrario, pues para muchos que habían participado en las protestas, Tlatelolco fue la experiencia iniciática de su oposición al monopolio del PRI y, en la historia del país,

⁷ *Ibid.*, pp. 374-375.

⁸ *Ibid.*, p. 376.

⁹ *Ibid.*, p. 376.

¹⁰ *Ibid.*, p. 376.

marca el comienzo del ocaso de un régimen cuyas reformas llegaron tarde para poder impedir el paulatino desmoronamiento de su poder.

Más aún, el discurso progresista del PRI se vio contradicho por el atavismo del modo de actuar de un gobierno que, pretendiendo ser el motor de la modernización pero repitiendo los esquemas de conducta del pasado, reveló ser él mismo el freno más poderoso para la realización de los ideales que profesaba:

Lo que ocurrió el 2 de octubre de 1968 fue, simultáneamente, la negación de aquello que hemos querido ser desde la Revolución y la afirmación de aquello que somos desde la Conquista y aún antes. [...] Doble realidad del 2 de octubre de 1968: ser un hecho histórico y ser una representación simbólica de nuestra historia subterránea o invisible.¹¹

A partir de ahí, Octavio Paz desarrolla una reflexión muy típica de su manera de explicar el carácter específico de la historia y la cultura de México, pues explica el 68 como un eslabón en una cadena hereditaria que se remonta a la época prehispánica, desde la que se tiende un "hilo invisible" hasta la actualidad, "el hilo de la dominación. Ese hilo no se ha roto: los virreyes españoles y los presidentes mexicanos son los sucesores de los tlatoanis aztecas"¹², y el símbolo de esta dominación es la pirámide, tanto la mesoamericana de los sacrificios humanos como la del centralismo jerárquico del PRI¹³. Sin duda fascinante y seductora, esta tendencia que tenía Paz de historizar la política contemporánea buscándole raíces en un remoto pasado resulta también problemática, pues podría malentenderse fácilmente como la afirmación de una esencia cultural inalterable, mientras que Paz aspiraba a todo lo contrario: señalar el mal

¹¹ *Ibid.*, p. 391.

¹² *Ibid.*, p. 396.

¹³ Fiel discípulo del pensamiento de Octavio Paz, Carlos Fuentes reaccionó a la masacre de Tlatelolco con una pieza teatral sobre la conquista de México, *Todos los gatos son pardos* (1970), en la que se enfrentan Moctezuma y Hernán Cortés: sólo en el carnavalesco cuadro final, al hacer pasar revista la historia de México desde el siglo XVI hasta 1968, se muestra la genealogía que conduce del imperio azteca al PRI: "Entonces, del fondo del auditorio, corre hacia la escena, jadeante, perseguido, el JOVEN sacrificado en Cholula; va vestido como estudiante universitario; sube por la rampa; los GRANADEROS y POLICÍAS disparan contra él; el JOVEN cae muerto a los pies de MOCTEZUMA y CORTÉS" (*Todos los gatos son pardos*. México D.F.: Siglo Veintiuno, 1978, 8^a ed., p. 187). Sobre la influencia paciana en esta obra de Fuentes, véase Brower, Gary: «Fuentes de Fuentes: Paz y las raíces de *Todos los gatos son pardos*», *Latin American Theatre Review*, V, 1 (1971), pp. 59-68.

hereditario para erradicarlo y así romper con la genealogía funesta.

2. MÉXICO D.F. 85

A primera vista, una catástrofe natural se distingue fundamentalmente de un acontecimiento histórico como la matanza de Tlatelolco o la sublevación zapatista porque no tiene una causa humana. Más aún, en nuestra época racionalista, en que los mitos prehispánicos y los modelos explicativos teológicos han perdido toda vigencia, ni siquiera se les admite una causa sobrenatural. Sin embargo, el cataclismo natural puede llevar consigo consecuencias de las que son responsables decisiones, errores y excesos humanos, y en esta dirección apunta Octavio Paz en su artículo «Escombros y semillas», publicado pocas semanas después del devastador terremoto de 1985, interpretando la dimensión de los estragos como consecuencia directa de una desmesura, a la vez urbanística y política, que engendró "este colosal disparate que es hoy México"¹⁴. Tres fuerzas nefastas se confabularon, según Paz, para crear las condiciones del desastre, siendo la primera un mal orientado progreso unido a "la concentración del poder en un grupo y el centralismo"¹⁵, o sea, factores negativos que ya criticó en sus comentarios sobre el 68:

nuestra ciudad comenzó a desfigurarse hace unos 30 años. Ha pasado un crecimiento frenético y canceroso, que ha destruido casi totalmente su trazo y su fisonomía. [...] Este crecimiento ha sido paralelo al de una extensa y poderosa burocracia estatal con ramificaciones en todos los centros vitales de la nación.¹⁶

La segunda fuerza era de carácter económico:

el espíritu de lucro de los empresarios e industriales de la construcción, que aprovecharon el auge relativo de este cuarto de siglo para entregarse a una especulación urbana desenfrenada e inescrupulosa, con la complicidad de la burocracia gubernamental. Así, en unos cuantos

¹⁴ Paz, Octavio: «Escombros y semillas», *El País*, 10-X-1985.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*

años, la ciudad se extendió de manera caótica y se cubrió con multitud de edificios, no sólo feos, sino inseguros.¹⁷

A lo que se añadía, como tercera fuerza de esta alianza fatal,

la megalomanía de los últimos Gobiernos, empeñados en levantar en un parpadeo sexenal Babilonias de cemento del tamaño de su vanidad. Los cimientos de esas moles estaban podridos como la moral de los que las erigieron.¹⁸

Por supuesto, ninguna de estas fuerzas tuvo la más mínima influencia sobre el terremoto en sí, ni sobre el momento en que se produjo ni sobre su magnitud en la escala de Richter. Sin embargo, el carácter imprevisible y las causas geológicas del temblor no liberaban al poder político-económico de otras responsabilidades, en particular la de no haber tomado las necesarias medidas de prevención y la de la gestión de la crisis. Como argumento a favor de su lectura del acontecimiento, Paz alega una especie de "justicia poética"¹⁹, pues "mientras el temblor, en unos pocos minutos, echó por tierra esas construcciones alzadas por la vanagloria, la ambición y la codicia, los viejos edificios siguen en pie"²⁰. Y llega a una primera conclusión: "el desastre del 19 de septiembre debe verse como la conjunción de una fatalidad natural y un error histórico"²¹. Y no sólo el error histórico, que se resume en ese conglomerado de intereses políticos y económicos que se aliaban en el poder del PRI, relaciona el terremoto de 1985 con la masacre de Tlatelolco, sino también el resurgimiento de un México distinto, pues si el movimiento estudiantil del 68 concretaba las aspiraciones democráticas del pueblo, los temblores del 85 "han redescubierto un pueblo que parecía oculto por los fracasos de los últimos años y por la erosión moral de nuestras élites. Un pueblo paciente, pobre, solidario, tenaz, realmente democrático y sabio"²². Un pueblo sin duda idealizado en estas palabras, pero que representaba para Paz la contrafuerza necesaria para que la reconstrucción tras el desastre no se agotara en la repetición de los mismos errores, sino que permitiera "rectificar el curso ancestral de la historia

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*

de México"²³, empezando por deshacer el centralismo del sistema político, introducido por la dominación de los aztecas en contra del pluralismo genuino de la Mesoamérica indígena, cuyas "raíces comunitarias", sin embargo, "están intactas"²⁴.

La reconstrucción que, según Paz, debería seguir al terremoto se fundaría en este pluralismo tanto como en las "semillas de solidaridad, fraternidad y asociación"²⁵ que, en medio de los escombros, brotaron como "gérmenes democráticos" de "las profundidades de la sociedad"²⁶, en una "extraña mezcla de impulsos libertarios, religiosidad católica tradicional, vínculos prehispánicos"²⁷. El principal efecto del terremoto en cuanto acontecimiento simbólica y políticamente relevante fue pues doble, es decir, derrumbar los monumentos arquitectónicos del exceso y hacer perceptible, para quien quisiera verlo y aprovecharlo, un enorme potencial de "reconstrucción-rectificación" democrática: "El temblor sacudió a México, y entre las ruinas apareció la verdadera cara de nuestro pueblo: ¿la vieron los que están arriba?"²⁸.

Bien mirado, esta "verdadera cara del pueblo" es una entelequia, un constructo como la noción misma de 'pueblo' a la que Paz, al igual que muchos otros pensadores políticos, recurre para legitimar sus ideas —el 'pueblo' representa un ideal de autenticidad opuesta a la falsedad de los dirigentes políticos y económicos, simboliza una cultura arraigada duradera en oposición a un sistema postizo y caduco— pero resulta eficaz como metáfora del efecto desvelador del acontecimiento histórico, su potencial de hacer visible lo oculto (en medio de los escombros la intrahistoria surge a la superficie), de concientizar sectores amplios de la sociedad y de permitir una comprensión diferente del pasado y del presente: las sacudidas del sismo hicieron derrumbarse ilusiones certidumbres, hábitos mentales paralizadores y modelos explicativos tradicionales que obstaculizaban tanto el análisis de la historia como la búsqueda de soluciones para el futuro. El terremoto descubrió algo que siempre había estado allí, pero que no se había tomado en cuenta, una parte de la sociedad cuyos deseos, ideas y capacidades habría que incluir en los procesos de decisión en vista de la reconstrucción-rectificación del país, lo que no significa otra cosa que llevar a cabo la democratización de México.

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*

3. CHIAPAS 94

La sublevación zapatista que estalló el 1 de enero de 1994 representa, en cierto sentido, la contrapartida y el complemento del 68: estudiantes capitalinos de clase media en el centro del país, por un lado, indígenas marginados y en parte analfabetos en la periferia sureña, por otro; represión brutal sin diálogo en Tlatelolco, negociación para evitar una mayor efusión de sangre en Chiapas. Pero pese a todas las diferencias, ambos movimientos reivindicaban la pluralidad de la sociedad mexicana y esa participación democrática de todos los sectores sociales que Octavio Paz había postulado ya en *Postdata* cuando escribió: "sólo una solución democrática permitirá que se planteen los graves problemas del país, en especial el de la integración del México subdesarrollado o marginal"²⁹. En los artículos que aquí comentaré, Paz reacciona a la sublevación armada de comienzos de 1994, o sea, al acontecimiento propiamente dicho, no al fenómeno político-mediático global en que se convertiría el neozapatismo³⁰ en los años siguientes, después del fracaso de la lucha guerrillera de los primeros días³¹. Su actitud ante la revuelta chiapaneca puede resumirse como un rechazo de la violencia militar y la ideología del movimiento, y la constatación de las responsabilidades múltiples:

²⁹ Paz (1997), *op. cit.*, p. 381.

³⁰ Llama la atención que, en los artículos publicados entre enero y marzo de 1994, Paz evita el uso de la palabra *zapatistas* al referirse a los que llama, p. ej., *insurgentes* o *insurrectos*; de hecho, la única vez que emplea el término, lo aplica al movimiento de la Revolución mexicana y precisa: "me refiero al original" (Paz, Octavio: «Chiapas, ¿nudo ciego o tabla de salvación?», *Vuelta*, 207 (1994b febrero), pp. C-H, cito p. F). Muy probablemente, Paz no consideraba legítima la autodenominación de *zapatista* del movimiento chiapaneco, ya que el término tenía para él una connotación positiva que se negaba a extender al EZLN: "Para Paz, cuyo padre fue un zapatista importante durante la Revolución, el zapatismo reflejaba a los campesinos e indígenas que nunca fueron progresistas" (Bloch, Avital H.: «*Vuelta* y cómo surgió el neoconservadurismo en México», *Culturales*, IV, 8 (2008 julio-diciembre), pp. 74-100, cito p. 84).

³¹ En cuanto a la opinión de Paz sobre la ideología, las declaraciones políticas, y los discursos del Subcomandante Marcos, véase sobre todo «La selva lacandona», *Vuelta*, 231 (1996 febrero), pp. 8-12. Si en una primera fase, su actitud negativa ante el EZLN se debía principalmente al rechazo categórico de las acciones militares, desde la distancia temporal tampoco mostró mayor aprecio por las particularidades del neozapatismo (p. ej. su renuncia a aspirar al poder y a pactar con otros partidos, el desarrollo de nuevas formas de resistencia contra la hegemonía del neoliberalismo globalizado, etc.), que tantas adhesiones y discusiones provocaron entre los adeptos de una izquierda autónoma y libertaria, como expone Jens Kastner en *Alles für alle! Zapatismus zwischen Sozialtheorie, Pop und Pentagon*. Münster: Edition Assemblage, 2011.

Mi reprobación no fue unilateral; sin ignorar la responsabilidad de los alzados, sobre todo de los dirigentes, varios entre ellos militantes de grupos revolucionarios partidarios de la violencia, no cerré los ojos ante la responsabilidad tanto de los gobiernos locales como del federal. Durante diez años los alzados prepararon su movimiento sin que los gobiernos locales y los del centro moviesen un dedo, no para reprimirlo sino para atacar las causas de la revuelta: la injusticia, la pobreza y la impotencia de las comunidades para lograr por las vías legales y pacíficas remedio a su terrible situación. No menos responsables han sido las clases acomodadas de Chiapas. La Iglesia también tiene su culpa, no sólo por las prédicas furibundas de muchos clérigos adeptos a la teología de la liberación, sino por negarse a ver que una de las causas de la situación era y es el insensato aumento de la población.³²

Desde su primer artículo sobre la sublevación zapatista, publicado bajo el título «El nudo de Chiapas» (el 5-I-1994 en *La Jornada* y el 7-I-1994 en *El País*), Paz condenó el uso de las armas; en cambio, reconoció la legitimidad de muchas de las demandas de los indígenas chiapanecos y la gravedad de sus problemas debidos a la pobreza rural, el retraso, la jerarquía social y étnica —"La población campesina —en su inmensa mayoría descendiente de uno de los pueblos prehispánicos más ilustres: los mayas— ha sido sometida desde hace siglos a muchas humillaciones, discriminaciones e ignominias"³³—, pero también menciona los serios esfuerzos recientes de los gobiernos federal y estatal de encontrar remedios eficaces. No cae, pues, en el maniqueísmo de reducir el conflicto a un mero antagonismo entre indígenas y Estado, y también señala el factor de radicalización que causó la sublevación: la indoctrinación de los indígenas por "grupos infiltrados" izquierdistas ajenos a ellos —"es evidente que no son ni indios ni campesinos. Basta verlos y oírlos para cerciorarse: son gente de la ciudad"³⁴—, que Paz califica de "restos del gran naufragio de las ideologías revolucionarias del siglo XX"³⁵. No dudaba Paz de que, en cuanto revuelta militar, este neozapatismo estaba condenado a fracasar pronto, pues se trataba de un obvio anacronismo, de signo político contrario al del régimen en el 68, pero no menos erróneo: "También es notable el arcaísmo de su ideología. Son ideas simplistas de gente que vive en una época distinta a la nuestra"³⁶. Concluye pues

³² Paz (1996), *op. cit.*, p. 8.

³³ Paz, Octavio: «El nudo de Chiapas», *El País*, 7-I-1994a.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

que los indígenas fueron instrumentalizados por unos "irresponsables demagogos"³⁷ que los empujaron a una acción violenta que conllevaba el peligro de resultar contraproducente e incluso opuesta a sus intereses, y que una reacción adecuada debería tratar de acabar con las causas de la pobreza y marginación de todos los indígenas, no sólo de la minoría organizada en el EZLN: "Si en algún lugar de México es urgente la reforma social, política, económica y moral, ese lugar es Chiapas"³⁸.

En febrero del mismo año confirmó estas ideas en otros artículos, publicados en la revista *Vuelta*³⁹ y parcialmente en *El País*. El primero, «La recaída de los intelectuales», critica el apoyo irresponsable que muchos intelectuales mexicanos y extranjeros prestaban al EZLN, idealizando la revuelta chiapaneca como espontánea y puramente indígena, lo que a todas luces no fue, sino premeditada, planeada y dirigida por líderes radicales foráneos, y les reprocha a esos prozapistas una recaída en los fatales errores del pasado:

Sus fantasmas juveniles regresan, encarnan en los «comandantes» de Chiapas y los llevan a repetir los viejos dislates y las culpables complicidades. Han olvidado, si alguna vez la aprendieron, la terrible lección de la guerrilla latinoamericana; en todos los países, sin excepción, ha sido derrotada, no sin antes arruinar a esas desdichadas naciones y no sin provocar la instauración de regímenes de fuerza. ¿Esto es lo que quieren para México?⁴⁰

La actitud de Paz ante el conflicto de Chiapas resulta pues inequívoca: es necesario romper la cadena de las herencias represivas y cultivar el diálogo en vez de recurrir a la violencia, y hay que rechazar las ideologías revolucionarias utópicas a favor de reformas pragmáticas y democráticas, convicciones que caracterizan todo su pensamiento político. No sorprende que con esta posición moderada y sensata no se haya hecho muchos amigos entre los intelectuales de izquierdas, pues si su interpretación del 68 mexicano había molestado a los marxistas ortodoxos tanto como a los conservadores de derechas, su crítica de los líderes del zapatismo chiapaneco no podía agradar ni a los

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*

³⁹ El número 207, de febrero de 1994, de *Vuelta* incluía un suplemento extraordinario dedicado a Chiapas, con el ya citado artículo de Octavio Paz titulado «Chiapas, ¿nudo ciego o tabla de salvación?», que se compone de tres partes: «La recaída de los intelectuales», «Incertidumbre y perspectivas» y «El nudo se deshace o ahoga», más un breve «Postscriptum».

⁴⁰ Paz (1994b), *op. cit.*, p. D.

nostálgicos de la guerrilla en busca de un 'nuevo sujeto revolucionario' ni a los partidarios de la anti-globalización que se solidarizaban con la causa del EZLN sin distinguir, como sí lo hacía Paz, entre los indígenas y los que los manipulaban para sus propios fines. "[E]l conflicto ha hecho correr poca sangre y mucha tinta", constató lamentando al mismo tiempo a los (afortunadamente pocos) muertos en combate y "la entronización del lugar común y [...] la canonización de la ligereza intelectual"⁴¹ de que pecaba la mayoría de los intelectuales que escribieron sobre el zapatismo en los primeros meses (pero su desdén no decreció en los años siguientes). Paz asumía el riesgo de no gustar con la misma serenidad con que, en 1969, había formulado sus reflexiones sobre la matanza de Tlatelolco: "Mis palabras irritarán a muchos; no importa, el pensamiento independiente es casi siempre impopular"⁴².

En el segundo artículo, «Incertidumbres y perspectivas», reflexiona sobre los posibles resultados de las negociaciones entre el gobierno y los sublevados, pensando que podrían partir de un interés común a la mayoría de los mexicanos: "la aspiración democrática"⁴³. A la luz de esta aspiración, el zapatismo le aparecía como una amenaza y una oportunidad al mismo tiempo: amenaza porque "es un regreso al pasado" que "abre la puerta al caos que vivieron y sufrieron nuestros padres y nuestros abuelos"⁴⁴, y oportunidad porque la negociación, si se hacía "con generosidad, pero asimismo con firmeza", y si iba acompañada de "una acción paralela y pacífica de todos los mexicanos", podría asegurar "el tránsito definitivo hacia la democracia"⁴⁵. Tránsito que, por cierto, ya había empezado, pues el México de 1994, pese a la permanencia de muchos problemas, no era el mismo que el de 1968: "Nuestra democracia está en pañales y la afean muchos vicios. Unos son imputables a la larga y anti-natural hegemonía del PRI; otros son de orden histórico"⁴⁶. Para lograr la madurez de esta democracia, la izquierda tendría que renunciar a sus sueños totalitarios y sus ideologías anticuadas —justamente las mismas en cuyo nombre solían tildar a Octavio Paz de conservador, neoliberal o reaccionario— y el PRI debía "convertirse en un partido como los otros o desapare-

⁴¹ Paz, Octavio: «Chiapas: hechos, dichos, gestos», *Vuelta*, 208 (1994c marzo), pp. 55-57. En *El País* se publicó una versión abreviada en dos artículos, «Los acuerdos de Chiapas» (12-III-1994) y «La pantalla, el altar y la plaza» (24-III-1994). Aquí se citará siempre el texto de *Vuelta*.

⁴² Paz (1997), *op. cit.*, p. 386.

⁴³ Paz (1994b), *op. cit.*, p. E.

⁴⁴ *Ibid.*, p. E.

⁴⁵ *Ibid.*, p. E.

⁴⁶ *Ibid.*, p. E.

cer"⁴⁷. Y lo mismo afirmó para el EZLN al comentar dos años después la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona: "Si Marcos y sus partidarios, en Chiapas y en el país, quieren sobrevivir como una fuerza política, deben convertirse en un nuevo partido político o asociarse con alguno de los ya existentes"⁴⁸. Con lo que corroboró, una vez más, que para él la única democracia legítima era la representativa, basada en la pluralidad de la sociedad y el cambio de los dirigentes, no la de "otras doctrinas, como la «voluntad general» de Rousseau o la dictadura del proletariado"⁴⁹.

Como ya lo hizo al hablar del 68 y del terremoto de 1985, también en el caso de Chiapas Paz se centra en los antecedentes históricos, el contexto, la dimensión significativa del acontecimiento y las posibles soluciones del problema; en cambio, en los primeros dos sucesos comentados aquí se mostró bastante inmune a los efectos de su espectacularidad (p. ej. no narra lo que ocurrió en la Plaza de las Tres Culturas ni describe el derrumbe de los edificios en el sismo); en rigor, podemos decir que hace abstracción del carácter de acontecimiento propiamente dicho y lo analiza como el hecho que hizo visibles, en una repentina irrupción, las tensiones latentes durante mucho tiempo (i.e. la coyuntura de la crisis). Ahora bien, en lo que ataña al zapatismo sí prestó una particular atención a la espectacularización, no tanto de la sublevación armada (que fue un episodio de corta duración), sino de los líderes del movimiento en las semanas de negociación, esa puesta en escena mediática a la que el zapatismo debería en gran medida su éxito internacional. Lo que, desde los primeros días del alzamiento, le llamaba la atención —y, por cierto, a la mayoría de los observadores de lo que estaba sucediendo en Chiapas— era el estilo, más estético que político, de los líderes y su hábil manejo de los medios de comunicación, más concretamente, de la publicidad:

[...] durante las pláticas y negociaciones en la Catedral de San Cristóbal, cada una de sus presentaciones ha tenido la solemnidad de un ritual y la seducción de un espectáculo. Desde el atuendo —los pasamontañas negros y azules, los paliacates de colores— hasta la maestría en el uso de símbolos como la bandera nacional y las imágenes religiosas. Inmovilidad de personajes encapuchados que la televisión simultá-

⁴⁷ *Ibid.*, p. E.

⁴⁸ Paz (1996), *op. cit.*, p. 10.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 10.

neamente acerca y aleja en la pantalla, próximos y remotos: cuadros vivos de la historia, alucinante museo de figuras de cera.⁵⁰

Incluso tuvo, aunque no sin reparos, algunas palabras elogiosas para la retórica del Subcomandante Marcos, en la que residía la fórmula del éxito de sus discursos y escritos fuera de Chiapas, pues aunque dirigiéndose a todos, parecían pensados

para seducir o irritar a una élite: esa clase media que concurre a los cafés literarios, lee los suplementos culturales, va a las exposiciones y a las conferencias, ama al *rock* y a Mozart, participa en los espectáculos de vanguardia y concurre a las manifestaciones.⁵¹

O sea, un público-meta que vivía en las antípodas de los indígenas chiapanecos y en que el zapatismo en cuanto fenómeno de diseño ideológico globalizado alcanzaría la mayor popularidad. No sólo se brindaban al público hechizado unas imágenes fascinantes que recordaban "el romanticismo de esas escenas de las novelas y del cine en las que aparecen, enmascarados, unos conspiradores reunidos en una catacumba alrededor de un altar (en este caso: las bóvedas de una catedral)", sino que le daban además "la ilusión de ver «en vivo» un hecho histórico. Y es verdad: lo hemos visto, pero maquillado y escenificado"⁵². El éxito publicitario del zapatismo como representación teatral, mucho mayor a escala mundial que el político, se debía pues, según Paz, sobre todo a "la doble preeminencia de la *noticia* y de la *imagen* sobre la realidad real"⁵³. Y advirtió que a este zapatismo estético-mediático, producto de la sociedad del espectáculo descrita por Guy Debord, le aguardaría el mismo fin de otros muchos *hypes*: "el Gran Bostezo, anónimo y universal, que es el Apocalipsis y el Juicio Final de la sociedad del espectáculo"⁵⁴.

En el número de *Vuelta* de marzo de 1994, Paz aprobó con cierta satisfacción los resultados de las negociaciones en su artículo «Chiapas: hechos, dichos, gestos», pues por un lado el Estado reconoció que las peticiones indígenas tenían un fundamento histórico y moral claro y justificado, y por otro se llegó a un compromiso en cuanto a la intención declarada de progresar en la democratización del país: "¿Soy demasiado crédulo si digo

⁵⁰ Paz (1994c), *op. cit.*, p. 56.

⁵¹ *Ibid.*, p. 57.

⁵² *Ibid.*, p. 57.

⁵³ *Ibid.*, p. 57.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 57.

que el alba de la democracia mexicana despunta en el horizonte?"⁵⁵, preguntó al final de sus comentarios. Dejo a los lectores la decisión en qué medida estas palabras, tal vez proféticas, tal vez ilusas, se han cumplido en los veinte años que han pasado desde que Octavio Paz las escribió.

BIBLIOGRAFÍA

Bloch, Avital H.: «*Vuelta* y cómo surgió el neoconservadurismo en México», *Culturales*, IV, 8 (2008 julio-diciembre), pp. 74-100.

Brower, Gary: «Fuentes de Fuentes: Paz y las raíces de *Todos los gatos son pardos*», *Latin American Theatre Review*, V, 1 (1971), pp. 59-68.

Fuentes, Carlos: *Todos los gatos son pardos*. México D.F.: Siglo Veintiuno, 1978, 8^a ed.

Kastner, Jens: *Alles für alle! Zapatismus zwischen Sozialtheorie, Pop und Pentagon*. Münster: Edition Assemblage, 2011.

Paz, Octavio: «Escombros y semillas», *El País*, 10-X-1985.

— *El ogro filantrópico*. Barcelona: Seix Barral, 1990.

— «El nudo de Chiapas», *El País*, 7-I-1994a.

— «Chiapas, ¿nudo ciego o tabla de salvación?», *Vuelta*, 207 (1994b febrero), pp. C-H.

— «Chiapas: hechos, dichos, gestos», *Vuelta*, 208 (1994c marzo), pp. 55-57.

— «La selva lacandona», *Vuelta*, 231 (1996 febrero), pp. 8-12.

— *Postdata*, en: *El laberinto de la soledad*, ed. de Enrico Mario Santi. Madrid: Cátedra, 1997, pp. 363-415.

Schüller, Thorsten: «Modern Talking — Die Konjunktur der Krise in anderen und neuen Modernen», en: Schüller, Thorsten/ Seiler, Sascha (eds.): *Von Zäsuren und Ereignissen. Historische Einschnitte und ihre mediale Verarbeitung*. Bielefeld: Transcript Verlag, 2010, pp. 13-27.

Žižek, Slavoj: *Event*. London: Penguin, 2014.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 56.

